

capaz de afrontar toda clase de peligros y salir airosa de las situaciones más críticas.

«Un día —recuerda Rosario— Fita nos pidió que nos acercásemos lo más posible a un destacamento que se encontraba en la misma línea de fuego. Valentín, nuestro chófer, le respondió que el día era malo para andar con el coche, a descubierto, por ciertos parajes, que nos podía descubrir el enemigo y hacernos volar por los aires. Yo no dije nada, porque pensaba en los soldados, que estaban impacientes por cobrar y encargar a Fita el envío de algún giro a sus familias. El caso es que subimos hasta una loma y cuando ya estábamos muy cerca de los parapetos alguien nos avisó del peligro que corríamos. Nos detuvimos en el acto y solventamos rápidamente lo de los giros. El enemigo nos había visto, pero esperó a que, al regresar a retaguardia, nos pusiéramos de nuevo a descubierto. Así que, nada más arrancar, empezaron a llover sobre el coche morteros por todos lados. Nosotros le gritábamos al chófer que siguiese, que no se detuviera. No nos hirieron de casualidad, ya que varios proyectiles dieron en la parte baja del coche, destrozando tres de sus ruedas. Cuando descendimos nos dimos cuenta de que habíamos bajado la loma con las llantas peladas»<sup>18</sup>.

El recuerdo más angustioso que guarda de todos los peligros que vivió Rosario en el frente es el del día en que un avión de caza enemigo la descubrió, cuando atravesaba un campo, y le dio varias pasadas, ametrallándola a discreción. El accidente tendría un remate lúgubre. La miliciana se había tirado a una zanja, al apercibir una manta, creyendo que debajo de ella se escondía alguien. Cuando oyó que el avión se alejaba, se levantó de un salto, tiró de la manta y se encontró con dos cadáveres, de unos muchachos que seguramente habían sido alcanzados por los disparos del avión.

Poco después, Rosario contaba el tropiezo al *Campeño* y al capitán ayudante, Ángel Palacio Gros, un licenciado en Ciencias Exactas, del que Rosario dice: «Si yo tuviese que definir la lealtad, la personificaría en Ángel». También escuchó el relato el jefe de Información y Cartografía del Estado Mayor de la 46 División, Alfonso Pinilla Sánchez, otro joven muy culto y valiente.

«La comida en campaña —evoca Rosario—, ya se sabe, era casi siempre a base de conservas; aunque algunas veces nos daban rancho caliente y hasta un poco de vino para Fita y Valentín. Yo pedía un vaso de leche y me lo vertían en la cantimplora. De costumbre nos sentábamos cerca de la Intendencia, en unas piedras, puesto que estábamos en el campo; y al terminar de comer, como todos los días, nos encaminábamos hacia el lugar de la cita con los carteros, debajo del puente, a entregar las sacas de correo. A veces no conseguíamos reunir a todos los carteros a la vez y la espera se prolongaba. Estos carteros casi nunca estaban en primera línea, a la que sólo accedían los de las compañías. A éstos les tocaba localizar y controlar, en cada momento, dónde se encontraban los soldados, por muy avanzadas o extendidas que estuvieran sus posiciones. También eran los más expuestos y sacrificados de todos, con el peligro de ser alcanzados por una bala o un casco de metralla, ya que estos jóvenes carteros de compañía no se protegían en la trinchera, sino que, por el contra-

<sup>18</sup> Entrevista con Rosario Sánchez Mora, Madrid, 21-1-1992.

rio, tenían que moverse a descubierto, yendo de un lado para otro, buscando a los destinatarios de las cartas o de los paquetes. Y eran raras las veces que no andaban a gatas, lo más agachados posible para evitar cualquier contratiempo. Eran dignos de admiración».

«Así que, entre los ametrallamientos de la aviación, los morterazos y el disparo de la fusilería, transcurrieron las calurosas jornadas de la batalla de Brunete, hasta que la 46 División fue relevada, para ir a retaguardia a reponer fuerzas y cubrir las enormes bajas registradas en aquel infierno»<sup>19</sup>.

## Boda entre milicianos

El amor es una flor inextinguible que brota ajena a todos los peligros y circunstancias. En la vida de Rosario irrumpió con la ternura del primer enamoramiento. Francisco Burcet Lucini, alto, guapo, rubio, de ojos azules, la conquistó para siempre. Era un catalán, estudiante de Medicina, ahora sargento de la sección de caballería de la 46a División. Como en el frente estaban separados, el corto noviazgo discurrió por carta, con esa carga romántica de los momentos marcados por el signo de la provisionalidad y de la muerte. Como la novia era menor de edad, en uno de sus breves permisos, Paco tuvo que ir a Villarejo de Salvanés a pedir permiso al futuro suegro. La revolución no había desterrado todavía ciertas formalidades. Al cabo de unos meses, el domingo 12 de diciembre de 1937, se casaban en la Plana Mayor de la 46 División, ante el juez y el jefe de la misma, Valentín González y González y *El Campesino*; como testigos: Luis Varela Cubera, Agapito Puertas y Felisa Moreno García. El acta se inscribió en el Juzgado Municipal del distrito de Buenavista. Los recién casados, en traje de campaña, desfilaron bajo el arco formado por los fusiles de sus compañeros, entre vítores y chanzas. Con sus respectivos padres lo celebraron con una paella, que el novio sufragó con sus modestos ahorros de soldado. La noche de bodas la pasaron en una casita alquilada por Paco, en Alcalá de Henares, cerca de sus destinos. Los bombardeos habían derruido la techumbre del dormitorio y la luz se filtraba a través de los cañizos del tejado.

El Partido pediría a Rosario que se inscribiera durante tres meses en la Escuela de Cuadros y ella accedió. Allí estaban las compañeras Petra Cuevas y Juanita Corso. Esto fue un punto de fricción con su marido; pero, ante la nueva separación, sus cartas reavivarían aquel amor, con tan pocas horas de vuelo, pero de honda huella en la vida de Rosario. Al salir de la Escuela volvió a la centralita de teléfonos, hasta que trasladaron la División al frente de Teruel, en diciembre de 1937.

Cuando la España Republicana quedó cortada en dos zonas, en abril de 1938, la 46 División se integró en el Ejército Popular de Cataluña. La miliciana quedó separada de su unidad de la que formaba parte desde el 22 de julio de 1936, y en la que seguía combatiendo su marido. Rosario estaba embarazada de cinco meses y el 22

<sup>19</sup> Testimonio escrito de Rosario Sánchez Mora.

de julio de 1938 daba luz a una niña, que llamó Elena. La soledad de la joven madre la mitigan las cartas de Paco. Afortunadamente, no podía sospechar que pasarían quince años antes de volverle a ver.

«En estas condiciones —nos precisa Rosario—, tanto en los cuarteles de la calle O'Donnell como en la Comandancia del Estado Mayor, contaban con poco personal». La centralita apenas funcionaba. Rosario lo expuso al Partido y le respondieron que continuara hasta que se organizaran nuevas unidades en el Ejército del Centro. «*Pasionaria* —recuerda Rosario— me indicó que podía colaborar en la Comisión de Trabajo. Entonces me confiaron la organización de un Departamento que orientase a la mujer para su incorporación a los puestos de trabajo dejados libre por los hombres que eran llamados a filas. Estas oficinas se instalaron en los números 5 y 7 de la calle Zurbarán, donde ya funcionaban otros servicios que controlaban la ayuda alimenticia a los centros de trabajo de Madrid.»

Hasta el golpe de Estado de la Junta de Casado, Rosario fue responsable de aquel departamento, sin dejar de actuar un sólo día, pese a la delicada situación provocada por el enfrentamiento entre partidarios de la rendición y de la resistencia. Ante el inminente riesgo de la entrada en Madrid de los franquistas, Rosario se personó en las instalaciones de la calle O'Donnell para destruir los archivos y ficheros de la 46 división: «Tuve la suerte —recuerda— de encontrar allí a la compañera del chófer de *El Campesino*, y a un muchacho del cuerpo de guardia. Ellos dos acarreado cajas, y yo amontonando libros y documentación en el patio, destruimos todos los papeles comprometedores, prendiéndoles fuego. Las armas que encontramos las enterramos en el jardín y abandonamos aquella casa con el corazón deshecho»<sup>20</sup>.

#### Las cárceles

Allí, bajo la cárcel, la fábrica del llanto,  
el telar de la lágrima que no ha de ser estéril,  
el casco de los odios y de las esperanzas,  
fabrican, tejen, hunden.

Miguel Hernández (De *El hombre acecha*).

Rosario salió de Madrid cuando la guerra estaba prácticamente perdida, en un camión, camino de Valencia. Allí se encontró con su padre, que trabajaba como ebanista en la Escuela de Mandos de la 66 División. Padre e hija se trasladaron al puerto de Alicante; querían salir de España, como tantos otros miles que llenaban los hangares. Al día siguiente, las tropas italianas de la división *Littorio* rodearon a los veinticinco o treinta mil combatientes republicanos concentrados en aquellos muelles allicantinos. Los italianos cedieron el puesto a las unidades franquistas. Y empezaron los controles y las evacuaciones. De allí fueron trasladados al campo de los Almendros, cerca de Alicante. La primera caravana que salió del campo de concentración estaba formada por unos tres mil prisioneros. En ella iban Rosario y su padre. Los tuvieron varios días sin comer ni beber. El primer alimento, recuerda Rosario, fue un chusco y una lata de sardinas para dos, sin agua para beber. A los cinco días

<sup>20</sup> Testimonio escrito de Rosario Sánchez Mora.

de entrar en el campo de Albaterra, el padre fue fusilado sin previo juicio. Desde allí, tras las periódicas visitas de camiones con falangistas y otras fuerzas fascistas de los pueblos, que venían a buscar a sus presas, fueron saliendo expediciones hacia otras cárceles y lugares de internamiento, como la plaza de toros y el castillo de San Fernando. A Rosario, con cientos de mujeres y niños los metieron en el cine *Ideal*, donde estuvieron tres días con sus noches sentados en las butacas<sup>21</sup>.

A mediados de abril de 1939, en un tren de mercancías, y después de una semana de viaje, llegaron a Madrid. Por el camino, el número de fallecidos se contaba por decenas. En particular, mujeres y niños. Por suerte, los ferroviarios, en las paradas, les facilitaban información sobre el cargamento de convoyes detenidos en las estaciones que transportaban arroz, conservas y agua. Los prisioneros se aprovisionaban exponiendo sus vidas. Aquellos gestos de solidaridad, recuerda Rosario, atenuaban el hambre, la desesperación, y cooperaron a salvar muchas vidas.

A los pocos días de llegar a Madrid, tres hombres de Villarejo de Salvanes detuvieron a Rosario y a su madre y las condujeron al pueblo. Fueron encarceladas y sometidas con escarnio a interminables interrogatorios.

Su destino final, antes de ser condenada, es la prisión de Getafe. Como en todas las cárceles franquistas, las condiciones eran infrahumanas: hacinamiento, hambre, frío, malos tratos, incertidumbre y el terror de las *sacas* al amanecer de las que iban a fusilar.

El 20 de septiembre de 1939 es procesada y el fiscal pide para Rosario la pena de muerte por adhesión a la rebelión. La trasladan a la cárcel de mujeres de Las Ventas, donde, poco después, firma su expediente con la condena definitiva: 30 años y un día de prisión mayor. El 28 de diciembre sale con una expedición de mujeres hacia el penal Salurrarazan, en Guipúzcoa, con breves paradas, en tránsito en las cárceles de Durango y Bilbao. En aquel penal permanecerá hasta el 28 de marzo de 1942, en que es puesta en libertad condicional y vigilada, con la obligación de presentarse cada semana en la comisaría de policía de su lugar de residencia, hasta fines de junio de 1951, cuando se extingue la condena, gracias a una conmutación de la pena, rebajada a doce años y un día. Durante varios años, a Rosario, como a todos aquellos que estaban en libertad vigilada, les estaba terminantemente prohibido ausentarse de su domicilio sin previo permiso de las autoridades.

## Culpable

Cuando Rosario salió de la cárcel era una mujer de sólo 23 años. A ella, que ha vivido tanta soledad, tanto desamor, le parecen 80. Su hija ha cumplido ya 4 años, estaba bien cuidada, vivió un tiempo con la abuela del padre y luego con la materna. Durante todos estos años, a pesar de la total incomunicación, a Rosario la han mantenido el recuerdo y la presencia de su amor. Su obsesión es encontrarlo, pero él ya tiene otra mujer y dos hijos. El corazón valiente y tierno de la ex-miliciana no se

<sup>21</sup> Ver: *Matías González. ¡Sálvese quien pueda! Últimos días de la Guerra Civil española. Epílogo de Manuel Salas. Editores Mexicanos Unidos. México, 1981.*

resigna. Tras años de lucha, tiene que admitir que la mujer es la gran perdedora. Está casada, pero el gobierno franquista no le deja ni el frágil recurso de un papel: los matrimonios civiles, legales durante la República, no valen. *Culpable*. Ella es una mujer mutilada de guerra, pero el gobierno franquista no sólo no lo reconoce, sino que la mujer debe disimular el origen de su mutilación, que la hace *Culpable* a los ojos de los vencedores.

Tras años de cárcel, sufrimientos, hambres, promiscuidad, el ensañamiento de los carceleros, los fusilamientos, el exilio, los campos... Nuestras mujeres conservaban suficientes arrestos para organizar la resistencia: *Culpable*. Hay que leer sus estremecedores testimonios<sup>22</sup>.

¿Y cómo sobrevive una mujer de 23 años, sin oficio, sin estudios, represaliada? Las esquinas del país estuvieron habitadas en la posguerra por mutilados republicanos de uno u otro sexo, reducidos a la condición de vendedores ambulantes: lotería, tabaco, baratijas, e incluso estraperlo de poca monta. Rosario, durante cinco años, su drama personal a flor de piel, traspasado su corazón como el de una virgen andaluza, sostenía con su muñón la liviana mercancía de una caja de puros con cajetillas, Celtas y cerillas. Su coraje, su juventud, su honradez, su drama le hacían acreedora de un romance de doña Concha Piquer, tras haber sido cantado su heroísmo por Miguel Hernández.

## Reivindico a la miliciana

Actualmente, a sus 72 años, Rosario Sánchez Mora sigue siendo una mujer bella, simpática, afable, con esa vitalidad de quienes han sabido mantener, inalterables, sus convicciones políticas y sus principios morales. Hay algo, sin embargo, que puede descomponer su serena mirada y su sosegado hablar. Es el tema de la *moralidad* de las milicianas en el frente. Miguel Hernández escribió: «...La avergüenza a Rosario que muchas mujeres vayan a presumir y a mujerear a las trincheras»<sup>23</sup>.

«Sí, eso debió ser un comentario de la criatura de 17 años que era yo, todavía con bastantes prejuicios muy arraigados. Pero yo reivindico la magnitud del gesto de tantas mujeres, muy jóvenes, que se plantearon ¿es que mi vida vale más que la de mi hermano? ¿Es que mi madre lloraría mi muerte más que la de mi hermano, porque es varón? Y, con estos pensamientos, salieron cientos de mujeres empuñando las armas, proclamando, con sus compañeros: ¡NO PASARÁN! ¡Y supieron luchar! ¡Y supieron comportarse!, sin cobardía, sin lágrimas, sin ñoñerías. ¡Como verdaderos soldados! Lo de la prostitución en nuestras filas fue una falacia del enemigo, para desacreditar al ejército republicano, al que acusaban de todo, de cualquier cosa, ¡hasta de cobardes! Y mira que de cobardes tenían muy poco nuestros soldados. Pues, así y todo, les dio tanta rabia que las mujeres hubiéramos llegado a luchar en los frentes, contra ellos, que de una trinchera a otra se les oía gritarnos: ¡Cobardes, ha-

<sup>22</sup> Entre muchos otros los de: Pura Arcos, Sara Berenguer, Pepita Carnicer, Neus Catalá, Tomasa Cuevas, Ana Delso, Mika Etchebehere, Lola Iturbe, María Lacrampe, María Mañas, Julia Mirave, Teresa Pamies, Gloria Prades, Luisa Pueo Costa, Soledad Real, Manola Rodríguez, Mercedes Turrado, Juli Vigré... Ver: Resistencia y movimiento de mujeres en España 1936-1976. Giuliana di Febo. Icaria, Barcelona, 1979.

<sup>23</sup> Miguel Hernández, «Rosario y Felisa», op. cit.

béis tenido que traer mujeres, porque solos no os atrevéis!... La verdad es que fue tan grande el asombro de los fascistas, que nunca entendieron lo que realmente representaba la participación de la mujer en la guerra. Y, de ahí, que nos dijeran de todo. Pero yo quiero dejar bien sentado que fueron muchas las milicianas que supieron comportarse con una moralidad intachable, en todos los terrenos. Mira, yo, con mis 17 años recién cumplidos, no había tenido nunca novio y cuando marché al frente, como miliciana, era virgen y puedo decirlo muy alto porque salí de allí virgen. Y no corrí nunca el menor peligro, te lo puedo asegurar. Unas veces trabajando en los cuarteles y en la comandancia, y otras en el frente de la Sierra o en el de Quijorna-Brunete, yo seguí virgen hasta el día que me casé y dormí con mi marido, con el que tuve un noviazgo puramente romántico, como era normal y tradicional en aquellos tiempos»<sup>24</sup>.

Ya a fines de 1936, el escritor inglés George Orwell escribía: «Por encima de todo, se creía en la revolución y el futuro, se tenía la sensación de haber entrado súbitamente en una era de igualdad, de fraternidad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranaje de la máquina capitalista». Edward Knoblaugh, corresponsal de prensa, entendió por qué, llegado el momento, la mujer republicana cogió el fusil y se fue al frente:

Nunca se ha dado tan gran número de mujeres —ejemplar único el de la mujer española— que haya vestido uniformes y marchado al frente. Siguiendo la tradición de las mujeres españolas desde tiempo inmemorial, esposas, hermanas, de muchos milicianos leales se levantaron en armas en compañía de sus seres queridos. No les faltaba valor, y, en muchas ocasiones, convirtieron las derrotas en victorias, por la fuerza de su ejemplo. Los hombres, cansados de guerrear, desmoralizados y vacilantes al enfrentarse con fuertes ataques, eran espoleados por estas bravas amazonas, que los tachaban de cobardes cada vez que mostraban signos de debilidad y que los vitoreaban cuando reanudaban la contienda con redoblado valor<sup>25</sup>.

La historia de la miliciana republicana está por escribir. Al final de la guerra muchas se exiliaron, una gran parte quedaron en Francia, algunas durante la Segunda Guerra Mundial actuaron en el *maquis* y otras morirían gaseadas en los campos de exterminio alemanes. Muchas de las que quedaron en España fueron encarceladas, humilladas y fusiladas. Otras vivieron un exilio interior en el que para sobrevivir tuvieron que sepultar un pasado comprometido y someterse a unas formas de vida contra las que habían luchado por liberar a la sociedad española. Ahora, la miliciana «Rosario, dinamitera» realiza un sueño de juventud: aprender a pintar. Es alumna de las clases de pintura del madrileño Círculo de Bellas Artes. Su primer retrato fue el de Miguel Hernández.

<sup>24</sup> Testimonio escrito por Rosario Sánchez Mora.

<sup>25</sup> H. Edward Knoblaugh, Corresponsal en España. Edt. F. Uriarte, Madrid, 1967, págs. 44-45. Cit. por Pablo Vila San Juan. En *Así fue*. Edt. Nauta. Barcelona, 1973, pág. 189.

## Antonina Rodrigo